

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montellé y García, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24. Fuera de ella, trimestre 30.

Viernes 23 de Marzo.

El Eco de Cartagena

UNA VISITA

AL HOSPITAL DE CARIDAD.

Hace dos días he estado en el deseo de ver con detención el benéfico establecimiento caritativo consagrado a los pobres enfermos, del que Cartagena se muestra orgullosa con sobradísima justicia. Encontré allí dos señores de la Junta, muy dignos y apreciables, que no nombraré por no ofender su modestia, los cuales me trataron con la mas fina deferencia, acompañándome a todos los departamentos, y dándome antecedentes y noticias de gran interés.

No me detendré en relatar lo que sabo mejor que yo todo buen cartagenero, la admirable blancura de sus sencillos cristales, el buen gusto y la esmeratísima limpieza, de los pisos y paredes de sus salas, la decencia y sencillez de sus camas, sus repuestos de abundante bajilla y de ropas artísticamente colocadas, su bien entendida ventilación para evitar el mas ligero mal olor; no hablaré tampoco de la afabilidad de las hermanas, ni de otras muchas particularidades muy conocidas; me limitaré únicamente a exponer mis impresiones de un día en el bello carácter de los señores del mas bello carácter.

Después de recibir diferentes deprecaciones, mis amables ciceros me llevaron a la sala de juntas. Al entrar en ella me dijeron: «como V. ve, esta sala se halla decorada, no con lujo, sino con modesta decencia; pero como la comodidad era para nosotros, no hemos querido tocar a los fondos de los pobres enfermos, y la hemos arreglado de nuestro bolsillo» así se ve en los cuadros.

Poco después subimos a la sala del hermano mayor. «Esta pieza, me dijeron, está como V. ve, muy sencilla, pobre; pero estas que todo son

nuestros enfermos; si algun día nos decidimos a arreglarla un poco, lo haremos de nuestro bolsillo, como lo hemos hecho con la sala de juntas. Todo esto me lo decían sin énfasis, sin vanagloria, naturalmente y sin darle importancia alguna. Tales rasgos de esquisita delicadeza son muy dignos de respeto, y honra sobremedida a los señores de la junta.

Uno de mis finos y atentos acompañantes me dijo en esta última sala con una franqueza propia del carácter aragonés: «el otro día que yo iba con mi capacha no quise pedir a V.—No lo recuerdo, le contesté, aun cuando lo recordaba muy bien, pues me humilló la atención.—Ya si lo recuerdo, replicó, ¿y sabe V. por qué no le pedí?—Sin duda porque se haría V. cargo de que yo soy un pobre empleado de corto sueldo, y no tengo para dar lo que yo quisiera.—Cá, no señor; nosotros nos contentamos con dos cuartos de limosna, ó con meppá ó con nada; es que a mi no me gusta pedir a los forasteros.»

He aquí me dije interiormente un dignísimo cartagenero: crep con mucha razón, que la fundación y sostenimiento de este Hospital es el timbre mas proclamo, la gloria mas alta y mas legitima de esta ciudad y que por lo tanto los sacrificios, las limosnas, la solicitud, todo en fin debe ser obra tan solo de cartageneros.

Hay otra cosa que no debo pasar en silencio, y sobre la cual mis amigos me habían llamado particularmente la atención, el album. Tuve con la amabilidad de ensámamele, y vi en él las firmas autógrafas de doña Isabel II, de su esposo D. Francisco de Asís, de los Sres. Duques de Montpensier, del R. y D. Alfonso; algunos versos, y párrafos firmados por varias personas distinguidas; entre las cuales se contaban algunos obispos, Gobernadores de provincias, Magistrados y dos célebres oradores: los Sres. Olózaga y Castelar. Los amigos que me habían hablado de este album me dijeron: «no deje V. de leer el autógrafo de un embajador turco, porque le gustará.» Le leí

«Diré que me gustó mas que todos? Si, lo digo: conózcase que era inspiración propia porque adolecía de algunas faltas de construcción gramatical en que incurrió todo aquel que no está muy práctico en hablar una lengua extranjera. Pero que inspiración tan delicada, tan tierna, tan elocuente y tan al alma! Nadie diría que había brotado de la mente de un sensualista musulmán, sino del mas espiritualista cristiano.

Al salir, mis amables acompañantes me pusieron en la mano un ejemplar impreso de la cuenta de cargo y dajas del año próximo pasado, con detalles y pormenores muy curiosos e interesantes a cuya cuenta voy a dedicar algunas líneas. En el cargo llamaron mi atención las partidas mas crecidas y las mas humildes. Entre las primeras aparecía la de 28.441 rs. limosnas de los cepillos de la iglesia, a las que luego consagraré un párrafo especial, por que lo merecen.

Se encuentra después la cantidad de 35.224 rs. limosnas de la capacha y otra de 36.511 rs. por el mismo concepto en el día de Reyes, Naveña, Jueves Santo y comunión, recogidas a pulso, como dice un amigo mio, esto es, recorriendo calles y plazas, subiendo y bajando escaleras, entrando en todos los establecimientos y oficinas, seduciendo a amigos y conocidos y a los que no lo son, y cifrando todo su amor propio en sobrepujarse unos a otros, sobre cual recoge mas.

Figura después una suma de 18.173 rs. limosna de varias minas y fábricas de fundición, 13.000 del Ayuntamiento, 25.881 de P. del C. T., 5.000 de D. T. A. deseo de su difunta madre, 2.500 de D. J. del P. de S., 2.000 de D. F. T. en memoria de su difunta esposa, 300 de una bienhechora, 6000 del primer batallón del tercer Regimiento de infantería de Marina, 2000 de doña A. L. legado de su difunto esposo, 8000 en dos partidas de D. E. S.

Entre las modestas limosnas, figuran varias de dos a diez reales, muy elocuentes en su pequeñez por que son el óbolo del pobre, la cari-

dad del pueblo, el primer escalon de ella como la crecida limosna es el último.

En la data hay una partida de 40.000 rs. por devolución del anticipo del año 1873 hecho por los bienhechores del Hospital: sin duda para reparar los desastres del bombardeo, y 500 para restaurar el retrato de Roldán, ese admirable soldado de galeras, que fundó el Hospital, hoy gloria de Cartagena, en una modestísima casa y con una pobre cama, saliendo a pedir para los enfermos que fueron aumentando con una vulgar capacha, sustituida ahora por dos capachitas modestas pero elegantes, con las que se recogen 72.000 reales al año.

Aparecen luego una infinidad de limosnas que no son dinero, pero que lo valen; tales como gallinas, pollos, pichones, pavos, cera, aceite, azúcar, bandejas de bizcochos, de hilas, sábanas, sabanillas, servilletas, sulfato de quinina, sanguijuelas, braguetos, muletas, candeleros, orucifijos, cuadros, etc. etc., limosnas que acreditan la exaltada caridad de los cartageneros.

Peró no hay nada tan expresivo, tan tierno, tan delicado como los rótulos de los papeles conteniendo limosnas que se encuentran en los cepillos. El primero, con la inicial M., encierra diez monedas de oro, ó sean 1000 rs., otros y son muchísimos expresan acciones de gracias, súplicas por sobrinos, por maridos, por hijos y por madres. No puedo resistir el deseo de copiar algunos de esos rótulos que brotan del corazón de amantísimas esposas. «Madre de mi vida, mirad a mi familia con ojos de misericordia.»—«Madre mia (asi invocan siempre a Maria las madres y las esposas) Madre mia, salud y tranquilidad para mi marido y mis hijos.»—«Madre mia de la Caridad, ten misericordia de mi y no me olvides.»—«Madre mia, por el amor de vuestro querido hijo: dadme consuelo en lo que os pido, Madre dolorosa, y llevad a mi hijo por el camino derecho. M. R.» Hay nada mas tierno, mas cariñoso, mas patética que esta última invocación